LA SEÑORITA MECÁNICA

FARSA CÓMICA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE ANDERS EJE

TRADUCIDA DEL SUECO POR

AXEL MALMBERG

ARREGLADA A LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

FELIPE PÉREZ CAPO

CUATRO PESETAS

ARENAL, 6. — MADRID

EDITORIAL PUEYO

LA SEÑORITA
MECÁNICA

LA SEÑORITA MECÁNICA

FARSA CÓMICA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE ANDERS EJE

TRADUCIDA DEL SUECO POR

AXEL MALMBERG

ARREGLADA A LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

FELIPE PÉREZ CAPO



ARENAL, 6. — MADRID
EDITORIAL PUEYO

Tipografía Artística. - Cervantes, 28. - Madrid

PERSONAJES

Eva.
Lily.
Matilde.
Señorita Capolini.
Roberto Jilcke.
Coronel von Brate.
Jorge Vetelly.
Fernando Pistolet.
Alejandro Wallert.
Comisario de policía.
Felipe.
Dos agentes de policía.

La acción pasa en una villa elegante de una población de la costa de Suecia.

ACTO PRIMERO

Un salón elegantemente amueblado, terraza al foro. En el fondo del salón hay dos puertas que comunican con la terraza. Entre estas dos puertas, una ventana adornada caprichosamente con macetas de flores. A la izquierda, puerta que comunica con la habitación de la señora. A la derecha, la puerta del cuarto del teléfono. A la izquierda, en el salón, *chaise-longue* con funda que llega hasta el suelo. En el salón hay macetas con plantas y flores en abundancia. Es por la mañana, un día de verano. Al levantarse el telón está la escena sola.

Sale EL COMISARIO DE POLICÍA *por la terraza. Anda de prisa, escudriña todo el salón y echa una ojeada al cuarto del teléfono, cuya puerta está entreabierta. Salen por la izquierda* LILY *y* FELIPE. *Éste se queda junto a la puerta.*

LILY. — ¿Quizás busca usted a mi marido?

COMISARIO. — Sí, señora. Quisiera verle, aunque sólo fuera por dos minutos.

LILY. — No sé si el coronel estará visible. *(A Felipe.)* Avísele. Diga que está aquí el señor Comisario.

FELIPE. — En el acto.

Saluda y vase.

LILY. — Supongo el objeto de su visita. ¡Qué espectáculo tan bochornoso!

COMISARIO. — Lo estimo una calificación demasiado suave.

LILY. — Yo no he podido pegar los ojos en toda la noche. Parecía como si hubiese un incendio.

COMISARIO. — La autoridad castigará enérgicamente ese alboroto. La denuncia ha sido presentada por once personas respetables de estos alrededores.

LILY. — ¿Se sabe, con toda certeza, lo sucedido?

COMISARIO. — Parece que se trata de una reyerta ocasionada por la embriaguez. Desde luego hay víctimas.

LILY. — ¿Eh?

COMISARIO. — Inmateriales. Sillas, copas, platos... Circula el rumor de que los culpables son unos jóvenes que han pasado la noche en el restaurante que hay en esta barriada. Se ha empezado a instruir diligencias y por esta razón yo tengo que molestar a los propietarios de las quintas de estos alrededores con una visita tan intempestiva.

Sale EVA *por el foro. Viste elegante traje de verano con sombrero y quitasol.*

EVA. — Buenos días, mamá. Buenos días, señor Comisario. Ya sé que la autoridad se ha puesto en movimiento para castigar el escándalo de esta noche.

COMISARIO. — ¿Me permite que la interrogue?... ¿Usted oyó algo concreto?

EVA. — Música. Nada más que música. Una voz de hombre cantaba:

Cuando amanezca
vete de aquí.

Y otras cuantas voces aullaban a continuación:

¡Ki... ki... ri... ki...!

Esto durante dos horas seguidas.

LILY. — A mis oídos no ha llegado más que el *¡Ki... ki... ri... ki...!*

COMISARIO. *(Muy serio, saca un carnet y escribe).* —

Cuando amanezca
vete de aquí.
¡Ki... ki... ri... ki...!

Perfectamente.

Sale FELIPE.

FELIPE. — El señor Coronel no puede recibirle en este momento.

COMISARIO. — ¿Permite la señora von Brate que haga unas preguntas a su criado?

LILY. — ¿Cómo no?

COMISARIO. — Escuche, amigo. ¿Usted sabe algo, ha oído algo de lo sucedido esta noche en el restaurante vecino?

FELIPE. — Sé muy poco. Por lo visto, ha habido una cuchipanda deliciosa. ¡A mí me entusiasman las cuchipandas!

COMISARIO. — ¡Eso no nos interesa!

FELIPE. — Un camarero del hotel me ha dicho que ha sido una cuchipanda estudiantil. Han festejado el fin de curso comiendo, bebiendo, charlando por los codos, cantando cuplés... Parece que eran estudiantes de medicina.

EVA. — ¡Ay! ¡Los estudiantes de medicina suelen ser tan simpáticos!...

LILY. — ¡Y los cuplés suelen ser tan agradables!...

COMISARIO. *(Apunta nerviosamente en su carnet).* — Estudiantes de medicina... Cuplés... Simpáticos... Agradables...

FELIPE. — Había un estudiante que tenía una voz agudísima.

LILY. — Es verdad. Era un *¡Ki... ki... ri... ki...!* que se destacaba.

COMISARIO. *(Sigue apuntando).* — *¡Ki... ki... ri... ki...!* Dó sobre agudo.

FELIPE. — De pronto, a eso de las cinco de la madrugada, se oyó un estrépito formidable, como de cacharros y cristales rotos. Yo abrí mi ventana.

COMISARIO. — ¿Y qué vió üsted?

FELIPE. — Nada. Había una obscuridad absoluta. Estaba la noche como boca de lobo.

COMISARIO *(De mal humor)*. — ¿De modo que no sabe usted nada más?

FELIPE. — No, señor. En seguida quedó todo sumido en un silencio profundo.

COMISARIO. — Basta.

LILY. — Felipe, puede retirarse.

Felipe saluda y vase.

COMISARIO. — ¿Creen ustedes que podré ver más tarde al señor Coronel?

LILY. — Después del desayuno, casi siempre está en casa.

COMISARIO. — Perfectamente. Perdónenme si he molestado.

LILY. — No ha habido tal molestia. Es un deber dar todo género de facilidades a la policía.

COMISARIO. — Es necesario que esos alborotadores caigan en nuestro poder. Y ha de ser hoy mismo. Prosigo mis indagaciones. Estoy a los pies de ustedes. Caerán seguramente. A los pies de ustedes.

Vase por la terraza.

EVA. — ¿Sabes lo que te digo? ¡Que ojalá no los pillen!

LILY. — ¿Pues sabes lo que yo te digo? *(Transición.)* ¡Que ojalá no los cacen! Hay que dejar a la juventud que se divierta. Tiempo hay de envejecer y de avinagrarse.

Sale JORGE. *Viene de prisa. Trae un periódico en la mano.*

JORGE. — ¿Han leído ustedes? ¿Han visto ustedes? ¿Han oído ustedes?

EVA. — Hemos visto que no hemos oído los buenos días.

JORGE. — Es verdad. Perdónenme. Buenos días, tía. Buenos días, prima. ¿Han descansado? Pero, ¡qué diablos de descansar con el alboroto que han armado esos truhanes de estudiantillos! ¡Ojalá caigan en las redes de la policía!

LILY. — Y ¿eso es lo que te preocupa?

JORGE. — No. Algo más importante. *(Enseña el periódico.)* Aquí tienen ustedes. Cinco columnas hablando de las regatas de mañana. Ya ven ustedes si hay expectación. Porque todos los periódicos vienen lo mismo.

EVA. — ¿Dicen algo de la canoa de papá?

JORGE. — Seguramente. A ver...

LILY. — ¿Cuándo terminará esta chifladura?

JORGE. — Por aquí veo el apellido del tío.

EVA. — Lee alto.

JORGE *(Lee primero murmurando; después en voz alta).* — «Las grandes regatas de mañana, organizadas por el Club de Canoas Automóviles, para conceder el premio de honor y el campeonato, son hoy la comidilla de las gentes. Entre las canoas inscritas figura en primer término la famosa *Luisa*, del coronel von Brate...»

EVA. — ¡Viva nuestra *Luisa!*

JORGE *(Sigue leyendo).* — «Pero el Coronel tiene en esta ocasión un competidor formidable en su vecino el hacendado Alejandro Wallert, quien ha inscrito para las regatas su nueva canoa, bautizada con el nombre de *Alegre*, y que, según se afirma, es un prodigio de velocidad.» *(Deja de leer.)* Yo no creo en esto.

LILY. — ¿Por qué no? A veces en la confianza está el peligro.

EVA. — ¿Qué más dice el periódico?

JORGE. — Un montón de paparruchas. Profecías para todos los gustos. Lo más importante son las apuestas.

Lily. — La gente se vuelve loca apostando.

Jorge. — Oigan ustedes. *(Lee.)* «Las apuestas ya hechas ascienden a una cantidad respetable. Podemos asegurar que a favor de la canoa *Luisa* se han colocado ya más de doscientas mil coronas, en proporción de cinco contra dos. ¡Es enorme la responsabilidad que pesa en estos momentos sobre el coronel von Brate!»

Eva. — ¡Qué comentario tan estúpido! Papá no tiene la culpa de que el público, al apostar, pierda la reflexión.

Lily. — Afortunadamente, tu padre no tiene hoy tiempo de leer los periódicos.

Sale el Coronel. *Viene de muy mal humor y trae un telegrama en la mano.*

Coronel. — ¡Valiente bribón! ¡Claro, si yo me tengo la culpa! ¡Por fiarme de cualquiera!

Lily. — Pero ¿qué te pasa?

Coronel. — Entérate.

Le da el telegrama.

Lily *(Lee).* — «Coronel von Brate. A petición del interesado le participo que su mecánico, Juan Melinder, ha sido detenido por robo de cuatro botellas de coñac. Le esperan, seguramente, tres meses de cárcel, por sinvergüenza. Su afectísimo que lo es, *Andersen,* cabo de policía.»

Coronel. — ¡Rayos, centellas y exhalaciones!

Eva — ¡Papá, qué tormenta!

Coronel. — ¡Como que la cosa es para bailar el *the tango!* Perder el premio de las regatas, quedarse sin el campeonato y ver cómo vuelan al cielo veinte mil coronas.

Jorge. — Pero, ¿cree usted que va a perder el premio por ese detalle? ¿Porque esté preso el mecánico?

Coronel. — Yo sé lo que me digo. Un mecánico es tan indispensable para un motor como una nodriza lo es para un chiquillo. Melinder conoce admirablemente

el motor de mi *Luisa*, sabe todos sus tropiezos, todos sus inconvenientes, y le obligó a marchar siempre obedeciendo a su habilidad. Ese muchacho tiene en sus dedos una destreza maravillosa.

JORGE. — Y, en cambio, no supo desenredarse de cuatro botellas de coñac.

CORONEL. — ¡El imbécil!. . . ¡Si me valiera! . . .

LILY. — ¡Cálmate, hombre! El motor funcionará bien. Ya lo verás.

CORONEL. — ¡Rayos y centellas! Pero, ¡qué diablos va a funcionar si no funciona! He intentado ponerlo en movimiento y no sale ni una chispa. Figurarse que lo arreglo de cualquier manera, y que mañana, a mitad de la regata, se me queda parado. ¡Qué bochorno! No quiero ni pensarlo. ¡Yo derrotado por el idiota de Vallert! ¡Mi *Luisa* vencida por su *Alegre!* ¡Él campeón!

EVA. — Él las veinte mil coronas.

CORONEL. — ¡No se trata sólo de eso! ¿Y el amor propio? ¿Y la responsabilidad que yo he contraído con las personas que han apostado por mi *Luisa?* ¡Hecatómbico! ¡Apocalíptico!

EVA. — Yo creo que puede intentarse algo. . . Puede buscarse otro mecánico.

JORGE. — Tiene razón la prima. ¡Tío, ya está! Yo sé de un mecánico de la capital, que ha venido a pasar aquí el día. No creo difícil encontrarlo.

LILY. — ¡Eso sería una suerte!

CORONEL. — Está bien. Puede intentarse. Jorge, sobrino, si me sacas de este atolladero, tu tío te lo agradecerá eternamente.

JORGE. — Pues voy sin perder minuto. Hasta luego, tío. Hasta luego, todos.

Vase por la derecha.

CORONEL. — Es un buen muchacho este Jorge.

LILY. — Activo y simpático. ¿Verdad, Eva?

EVA. — Sí. Yo no puedo decir que sea antipático.

CORONEL. — No revelan mucho entusiasmo tus palabras.

LILY. — Pero, ¿acaso Jorge no te ha hablado de... de sus planes para el porvenir?

EVA. — No me ha dicho nada: ni del porvenir ni del presente.

CORONEL. — Lily, ¿es que tú supones...?

LILY. — Las mujeres tenemos el olfato en punta. Es indudable que las visitas de Jorge obedecen a un impulso de su corazón. Lo extraño es que aún no se lo haya declarado a Eva.

EVA. — *(De mal humor).* ¡Pues te aseguro que no!

CORONEL. — No te enfades, muchacha. Si esto no es más que una conjetura de tu madre.

LILY. — Y no veo el motivo del enfado. Otros partidos hay bastante peores que Jorge. Se trata de un muchacho educado, de carrera, económico... quizás un poco inquieto..., pero esa inquietud desaparece con los años.

CORONEL. — ¡Calla! Es él, que vuelve.

Sale JORGE *por la derecha.*

JORGE. — ¡Todo arreglado! Ese hombre vendrá de un momento a otro.

CORONEL. — ¡Magnífico! ¿Le has advertido...?

JORGE. — Que se trata de un motor un poco delicado.

CORONEL. — Y él, ¿qué ha dicho?

JORGE. — «Llevaremos la medicina que lo cure». Son sus propias palabras. Parece muy seguro.

CORONEL. — *(Se frota las manos).* ¡Bravo, Jorge! ¡Bravo, hijo mío! Quiere decirse que no hay que perder toda la esperanza.

LILY. — *(Levantándose).* Aguardaremos los acontecimientos. Voy a cuidar mis pajaritos. ¿Vienes, Eva?

EVA. — Sí, mamita. Con mucho gusto.

Vanse Lily y Eva por el foro.

CORONEL. — *(Se dirige al cuarto del teléfono).* Ya puedo dedicarme a despachar mis cartas.

JORGE. — Tío..., perdóneme usted... Un momento... No se enfade usted; pero es que tengo que hablarle de un asunto... un poco enojoso..., un mucho difícil... Es que no sé cómo empezar.

CORONEL. — Un tío lo adivina todo. Estás enamorado.

JORGE. — ¿Enamorado? ¡Quiá! En absoluto. Es que... estoy sin dinero... Sin un miserable céntimo. Eso es lo que me pasa. Ea, ya lo sabe usted.

CORONEL. — ¡Bah, bah, bah! Joven y sin dinero. Lo uno es consecuencia de lo otro, y lo otro es consecuencia de lo uno. ¡Esto me rejuvenece! A mí me sucedía lo mismo con una frecuencia encantadora. ¡Qué felicidad verse con pocos años y con poco dinero!

JORGE. — Eso era antes; pero hoy, como están las cosas...

CORONEL. — No te apures. ¿Crees que yo no me doy cuenta de la situación?... ¿Crees que yo no sé cómo están las cosas?... El asunto es clarísimo. Se encuentra uno con una..., con una... Te lo voy a decir prudentemente. Con una mariposilla encantadora... Unas miradas incendiarias, unos piropos *sotto voce,* una invitación al restaurante, una cena con ostras, champán, música y baile...

Empieza a tararear una melodía de vals y baila unos pasos con una dama imaginada.

JORGE. — Perdóneme usted, tío...; pero mi caso es que...

CORONEL. — ¡Tatatatá!... Nada de excusas... Ya te he dicho que eso es la mejor señal de juventud. Esas diversiones acaban mucho antes de lo que se cree. Después no le quedan a uno más que los recuerdos y los achaques. Se marchan los amores y quedan los dolores.

JORGE. — Si usted me permite que le haga una petición...

CORONEL. — *(Sigue, sin hacerle caso).* Una sola cosa tengo que advertirte. Que no tomes nunca en serio semejantes... bagatelas. ¡Recaracoles, no pongas esa cara tan triste! Parece que has vendido la cosecha y has perdido el dinero. *(Saca un billete de su cartera.)* Aquí tienes... Cien coronas. Y de esto no me vuelvas a hablar en tu vida.

JORGE. — *(Con desesperación).* Yo lo agradezco, tío; pero es el caso...

CORONEL. — *(Interrumpiéndole).* Nada de escrúpulos. *(Le mete el billete en el bolsillo del chaleco).* Ya sé yo lo que son ciertos apurillos. Esto le pasa a cualquiera. Ea, ahora sí que me voy a mi despacho. Avísame en cuanto llegue el mecánico. Hasta luego, sobrino... ¡sobrino trapisondista!

JORGE. — Tío, no se aleje usted sin que yo...

CORONEL. — No tienes que darme las gracias, hombre. Ya sabes que me disgustan los cumplidos. Adiós... trapisondista.

Vase por la derecha.

JORGE. — *(Con desesperación cómica, sacando el billete y contemplándole).* ¡Cien coronas! ¡Y yo que necesito cinco mil!

Sale EVA *por el foro.*

EVA. — Qué, ¿llegó esa maravilla de mecánico?

JORGE. — ¡Maldita sea mi suerte!

EVA. — ¿Qué te pasa, Jorge? ¿Qué ha sucedido?

JORGE. — Eva, necesito hablarte. Ven, siéntate aquí.

EVA. — Estás algo nervioso. Mira, déjalo para otro día.

JORGE. — Se trata de una declaración...

EVA. — Para otro día. Para otro día.

JORGE. — Tiene que ser ahora o nunca. Es una cosa muy seria, Eva.

EVA. — Bueno, lo que quieras. He decidido no tenerle miedo ni a la muerte. Desembucha.

JORGE. — Pues verás. Yo al tío no he sabido decírselo... No acertaba...

EVA. — Lo comprendo.

JORGE. — Es que... que he perdido en el juego cinco mil coronas. Y yo te suplico que me ayudes para ver si conseguimos que me las preste el tío.

EVA. — *(Se levanta encantada).* Pero, ¿no era más que eso? ¡Anda! Yo que pensé que ibas a pedir mi mano.

JORGE. — *(Aturdido).* ¿Tu mano?... ¿Yo?... ¿Tú?... Pero, ¿para quién?

EVA. — ¡Qué tonterías se le ocurren a una!

JORGE. — ¿De qué te ríes?

EVA. — ¿Sabes lo que mamá decía hace un rato, refiriéndose a cierta persona?

JORGE. — ¿Quizás a mí?

EVA. — «Se trata de un muchacho económico.» *(Ríe.)* ¡Verdaderamente, eres un modelo de economía!

JORGE. — Gracias. Y tú eres para animar a cualquiera.

EVA. — Perdóname, Jorge. En fin, lo importante es que puedes contar con mi ayuda para tu empresa.

JORGE. — ¿Tú crees que alcanzaremos esas cinco mil coronas?

EVA. — Todo depende del humor de papá, y el humor de papá depende del motor de su canoa. Si el dichoso motor funciona bien, papá estará contentísimo, y se hará de él lo que se quiera.

JORGE. — Comprendido.

EVA. — Pero si el motor se descompone, papá...

JORGE. — También se descompone.

EVA. — Justo. Por fortuna, tu idea de buscar un nuevo mecánico te dará la recompensa necesaria.

JORGE. — Ya la he recibido. Mira... Cien coronas.

EVA. — ¡Pobre Jorge! En fin, confía en mí. Yo te indicaré con los ojos cuándo es el momento oportuno.

JORGE. — Está bien. No olvidaré tu promesa.

Sale FELIPE *por la izquierda.*

FELIPE. — Señorita Eva... Acaba de llegar una visita para usted.

EVA. — Voy en seguida.

Saluda a Jorge y vase por la izquierda seguida de Felipe. Jorge enciende un cigarrillo, escoge un periódico y va hacia la puerta derecha del foro. Ya en la puerta se detiene. Se supone que oye pasos. Aparece ROBERTO *por la puerta izquierda del fondo. Viste traje de mujer elegante. Sabe que le persigue la policía y busca refugio en la primera finca que le inspira confianza. Busca sitio para esconderse, atraviesa de puntillas la escena, mirando con sigilo y entreabre la puerta del cuarto del teléfono, Jorge cree que es una ladrona y cautelosamente le persigue y le sujeta por los brazos.*

JORGE. — ¡Alto, amiguita! ¡Aquí no se toleran ciertas bromas!

ROBERTO. *(Forcejeando).* — ¡Suélteme! Se equivoca... Ahora le confesaré...

JORGE. — ¡Cállese, Raffles... hembra!

ROBERTO. *(Consigue soltarse de un brazo y se vuelve rápido).* — Tenga un poco de calma. *(Fijándose en Jorge).* Pero ¿qué veo?... ¡Pero si no tiene duda!... ¡Pero si es Jorge Vetelly!... Buenos días, amigo Jorge.

JORGE. *(Aturdido).* — Yo estoy soñando... Usted, señora... No es usted, señora... ¡Si es mi amigo Roberto!

ROBERTO. — Tu amigo Roberto, estudiante de medicina y perseguido por la policía. ¿Qué te parezco?

JORGE. — Me pareces un mamarracho.

ROBERTO. — ¡Estoy llevando una mañanita de prueba! Figúrate que estábamos reunidos unos cuantos estudiantes para festejar el fin de curso. El champán hizo de las suyas. Se disputó, se tiraron sillas, platos, y copas por el aire... Yo creo que hasta se han disparado algunos tiros. El hecho es que al grito de *¡La policía! ¡Sálvese el que pueda!* salimos todos huyendo por el jardín. Yo escalé una tapia y me refugié en la villa de una... de una mujer alegre, pero caritativa. La pedí protección, a ella se la ocurrió disfrazarme... ¡y aquí me tienes!

JORGE. — Pero, hombre; y ¿cómo no te has alejado del lugar del crimen?

ROBERTO. — Porque la policía es aquí como Dios. ¡Está en todas partes! Dos veces he intentado evadirme y siempre me ha hecho retroceder la figura lejana de un policía. En vista de ello he decidido permanecer oculto todo el día y aprovechar las sombras de la noche para poner pies en polvorosa.

JORGE. — ¡Muchas horas son!

ROBERTO. — ¿Puedo contar contigo?

JORGE. — ¿Cómo no?

ROBERTO. — Ante todo, oriéntame. ¿Dónde estoy?

JORGE. — En buen sitio. Estás en la villa de mi tío, el coronel von Brate.

ROBERTO. — ¿El padre de Eva?

JORGE. — Justo.

ROBERTO. — Vaya, que sigas bien. Prefiero la cárcel.

JORGE. — ¿Estás loco?

ROBERTO. — Todavía no. Pero lo estaré. ¡Si Eva me viese con esta indumentaria...!

JORGE. — Se moriría de risa.

ROBERTO. — ¿Dices que se reiría de mí?... ¡Jorge, déjame que salga!

JORGE. — Oye, oye... ¿Eso quiere decir...?

ROBERTO. — Que estoy enamorado de Eva. Y ella...

JORGE. — ¿Ella?

ROBERTO. — Creo que está a punto de corresponderme. *(Se oyen voces dentro, hacia la terraza).* ¿Eh? ¿Qué es eso?

JORGE. — Alguien se acerca.

ROBERTO. — Es ella. Escóndeme, Jorge.

JORGE. — Pero, hombre, eso es muy difícil.

ROBERTO. *(Fijándose en la «chaise-longue»).* — Aquí, debajo de la *chaise-longue.* La funda me ocultará perfectamente. Anda, hombre... Ayúdame... ¡Pronto!

Se mete debajo del mueble.

JORGE. *(Ayudándole.)* — ¡Esto es una locura! Pero yo me lavo las manos. No te muevas ni una pulgada. ¿Estás cómodo?

ROBERTO. *(Invisible debajo del mueble).* — ¡Qué malditas faldas y qué miserable corsé! *(Saca la cabeza).* Oye... ¿No habrá por ahí una botella de cerveza que esté fresquita? ¡Tengo una sed de mil demonios!

JORGE. — ¡Cállate y métete en tu concha!

Sale el CORONEL *por el foro izquierda.*

CORONEL. — ¡Estoy impaciente!... ¡Impacientísimo!... Oye, Jorge..., pero ese mecánico no llega.

JORGE. — No... todavía no.

CORONEL. — Quizás es que no acierta con la villa. Oye, hijito: hazme el favor de salir al camino, a ver si lo encuentras y lo traes para acá.

JORGE. *(Vacila y dice con disgusto).* — Si usted cree que esto es necesario...

CORONEL. *(Obligándole a salir, empujándole suavemente).* — ¿Necesario? ¡Necesarísimo! Anda.

JORGE. — Entonces, sí... Ya voy. *(Aparte al mutis).* ¡Ahí queda eso!

Váse por el foro izquierda. Al quedarse solo el Coronel cierra todas las puertas menos

la del foro izquierda. Hace una seña con un pañuelo por esta puerta. Aparece la SEÑORITA CAPOLINI. *Es una mujer bajita, vivaracha, de belleza algo ajada. Viste algo exagerada, con muchos adornos, anillos, pulseras, collares, etc. Acento italiano. Entra con precaución.*

CAPOLINI. — ¿Campo libre?

CORONEL. *(Enfadado).* — ¿A quién se le ocurre?... ¡Venir a este lugar y buscarme en mi villa!

CAPOLINI. — Como no contestaba usted a mis anuncios... ¿Qué quiere que haga una pobre muchacha?

CORONEL. — Anuncios... sí, sí... *(La hace seña para que se siente en la «chaise-longue»).* Siéntese... unos minutos. *(Ella se sienta).* ¿De modo que usted anuncia en los periódicos?

CAPOLINI. — ¡Es claro! En *La Voz de Stockolmo.* ¿No fué usted quien me indicó que nos seguiríamos entendiendo de este modo?

CORONEL. — Sí, sí.

CAPOLINI. — Usted mismo fué el que inventó la firma «Amor relámpago».

CORONEL. — Así fué el nuestro.

CAPOLINI. — El de usted. ¡Qué corazón tan duro!

CORONEL. — Bueno, bueno. Sepamos el objeto de esta visita.

CAPOLINI. — En el anuncio de esta mañana, ya le indicaba algo. ¿No lo ha visto usted?

CORONEL. — No. Lo buscaré luego..., en la fonda. ¿De qué se trata?

CAPOLINI. — Del traspaso de una perfumería. ¡Mi sueño dorado! Está en el mejor sitio de la capital y tiene una gran clientela.

CORONEL. — Bien, bien. ¿Cuánto?

CAPOLINI. — Cinco mil coronas.

CORONEL. — Bueno. Mañana tendrá usted la contes-

tación. Hoy estoy preocupadísimo con el asunto de las regatas.

CAPOLINI. — ¿Mañana?... Por conducto de *La Voz de Stockolmo*?

CORONEL. — Sí... claro.

CAPOLINI. — No equivoque la firma «Amor relámpago».

CORONEL. — Descuide usted.

CAPOLINI. — Lo mejor de mi establecimiento será para usted. ¿Cuál es su perfume favorito?

CORONEL. — La gasolina. Con que regrese a la capital y espere allí mi resolución.

CAPOLINI. — ¿Será satisfactoria? Dígame que sí.

CORONEL. — Mañana... Lo que diga el anuncio.

CAPOLINI — Lo esperaré impaciente.

CORONEL. — Bien, bien.

Empujándola suavemente. Desaparecen por el foro izquierda.

ROBERTO. — *(Saca la cabeza, mira a todos lados y llama con voz apagada).* ¡Jorge! ¡Jorge! *(Se oyen voces de mujer en el cuarto de la izquierda).* ¡Recaracoles!

Vuelve a meter la cabeza. Salen por la izquierda LILY *y* MATILDE.

LILY. — Tiene usted razón. Nosotras no tenemos otra participación en la fiesta.

MATILDE. — *(Es algo sorda).* ¿Eh? ¡Ah, sí! Ellos se divierten con sus apuestas, con sus cuchipandas. Nosotras nos limitamos a exhibir y a comentar nuestros trajes.

LILY. — Puede decirse que es la exposición de la moda.

MATILDE. — *(Con la mano detrás de la oreja).* ¿Boda?... ¿Que hay boda?

LILY. — *(Alzando la voz).* ¡Exposición de la moda! Sombreros, trajes, sombrillas, guantes, zapatos... ¡todo el muestrario!

MATILDE. — Necesario. Sí, señora. Y usted, ¿cómo va a presentarse mañana?

LILY. — Aún no lo he decidido. Depende del tiempo.

MATILDE. — ¿A qué templo?

LILY. — *(Riendo. Alza la voz).* ¡Depende del tiempo! De que llueva o de que haga sol.

MATILDE. — Yo creo que hará un tiempo magnífico.

LILY. — ¿Se lo ha pronosticado el secretario de la legación holandesa? Es algo astrónomo.

MATILDE. — Sí, señora. Es un mono. Yo no lo puedo resistir. Es un descarado y un insultador.

LILY. — ¡Un hombre tan simpático!

MATILDE. — ¡Antipático! Sí, señora. Antipático. De mí sé que dice que oigo por las pantorrillas. ¿No es esto un insulto?

LILY. — No es una cosa muy delicada. Aquí llegan Eva y Alejandro... Su marido...

MATILDE. — ¡Ah, sí!

Salen por foro izquierda EVA *y* ALEJANDRO.

EVA. — ¡Aquí está nuestro adversario!

LILY. — ¿Y Jorge?

EVA. — Ha ido a avisar a papá.

ALEJANDRO. — *(A Lily).* El Coronel estará seguro de su victoria.

LILY. — No sé. El Coronel respeta siempre a sus adversarios.

EVA. — Mamá contesta como un diplomático.

MATILDE. — *(Con la mano tras de la oreja).* ¿Quién es lunático?

ALEJANDRO. — No sé nada.

Salen CORONEL *y* JORGE.

CORONEL. — ¡Hola! ¿Qué hay, querido enemigo?

ALEJANDRO. — Hasta mañana a las dos no lo soy ni en broma.

CORONEL. — ¿Cómo estamos de ánimos? ¿Qué tal esa *Alegre?*

ALEJANDRO. — Las pruebas han sido satisfactorias. Marcha admirablemente. Lo malo es que hace un poco de agua. ¿Y vuestra *Luisa*, señor Coronel? He oído que el motor no funciona con la regularidad que antes. Dicen que tiene un poquito de *reuma*.

CORONEL. — ¡Qué graciosos!

Roberto da un ronquido enorme. Matilde, que se ha dormido, despierta sobresaltada. Todos creen que ha sido ella. Todos menos Jorge.

TODOS. — ¿Eh?

ALEJANDRO. — ¡Pero mujer, procura no dormirte! ¡Menudo susto nos has dado!

MATILDE. — ¡Sí que me he enterado! Que los han cogido... a esos pillos de estudiantes. ¡Me alegro!

JORGE. — Su señora de usted, señor Wallert, está sonámbula.

ALEJANDRO. — ¡Claro! La mala noche...

LILY. — ¿También ustedes?...

Otro ronquido de Roberto. El mismo juego anterior.

CORONEL. — ¡Recaracoles! Su señora, querido adversario, parece un trombón.

JORGE. — Eso no se pasa más que con el aire. Deben ustedes salir al aire para que se le pase. ¡Conque... aire!

LILY. — Tiene razón Jorge. Vamos a dar un paseo.

MATILDE. — Un mareo, sí... No es nada.

EVA. — Precisamente hace una mañana encantadora.

MATILDE. — Pero...

ALEJANDRO. — Que se van ustedes a pasear.

JORGE. — Todos. Nos vamos todos. Nos conviene el aire a todos después de la mala noche que hemos pasado todos.

CORONEL. — ¡Qué Jorge este! ¡Pero qué afán de mandarnos a paseo!

Las señoras ya están en la terraza. Los caballeros cerca de la puerta, menos Jorge, que está junto a la «chaise-longue».

Nuevo ronquido de Roberto.

ALEJANDRO. — ¡Demonio!

CORONEL. — ¡Si es que va roncando de pie!

JORGE. — *(Dando patadas a la «chaise-longue».)* ¡Despiértate, avestruz! ¡Despiértate!

CORONEL. — ¿Qué hay, Jorge?

JORGE. — Este pie, que se me ha dormido. ¡Nada! También le conviene el aire. Vamos al aire. ¡Aire!

Salen todos por la terraza. El Coronel y Alejandro un poco extrañados. En seguida saca la cabeza ROBERTO.

ROBERTO. — ¡Uf! Gracias a Dios que se han ido. El alojamiento no tenía nada de cómodo. Este Jorge, realmente, no se porta muy bien conmigo. Yo necesito un escondite seguro y a propósito para descansar. Porque la verdad es que estoy rendido... estoy muerto de sueño... pero muerto... muerto.

Se ha extendido sobre la «chaise-longue» y se queda dormido como un tronco.

Salen CORONEL, ALEJANDRO *y* JORGE.

CORONEL. — No es que haga calor. Es que no tengo humor de pasear.

ALEJANDRO. — Sí... Está usted demasiado nervioso.

JORGE. — *(Fijándose en Roberto y poniéndose delante de los otros.)* ¡Atiza! *(Alto.)* Le advierto, tío, que los nervios como se tranquilizan es paseando.

Ronquido de Roberto.

CORONEL. — ¡Qué atrocidad! Es que tengo el eco en el oído.

Otro ronquido.

ALEJANDRO. — ¡Pero si es ahí!

JORGE. — ¡Qué inoportuno!

CORONEL. — *(Fijándose en Roberto.)* ¡Recaracoles! ¡Una mujer!

ALEJANDRO. — Una mujer... *abandonada.*

CORONEL. — *(Zarandeando a Roberto.)* ¡Despierte, señorita!... ¡Despierte!

Roberto se despierta y se pone de pie.

ROBERTO. — Muy buenos días, señores. Perdonen que me haya dormido. ¡Venía tan cansada!...

CORONEL. — Pero, ¿quién es usted?...

JORGE. — *(Rapidísimo.)* ¡Calle usted, tío! Ha sido una distracción mía. Esta señorita...

CORONEL. — Pero, ¿quién es?...

JORGE. — Pues es el... la... el... ¡el mecánico de quien le había hablado!... El mecánico mío... El mecánico para usted.

CORONEL. — Pero ¿qué me dices? Pero ¿una mujer?...

JORGE. — Sí, señor. Hoy el feminismo lo invade todo. Esto es una sorpresa que yo le tenía reservada a usted. ¿Acaso no ha oído usted hablar de *La Señorita mecánica?* En la capital tiene una fama extraordinaria. Precisamente su especialidad son los motores. ¡Un prodigio, tío! ¡Un prodigio! Pues ésta es, precisamente, la señorita mecánica.

ROBERTO. — Para servirle.

ALEJANDRO. — *(Aparte a Jorge y Coronel.)* Parece un poco hombruna...

JORGE. — Es el oficio. *(A Roberto.)* Señorita... Presento a usted a mi tío, el coronel von Brate, propietario de la canoa automóvil *Luisa,* de cuyo motor va usted a encargarse.

CORONEL. — Pero inmediatamente.

JORGE. — Yo creo que después de comer.

CORONEL. — Ahora mismo. Pronto, señorita, vamos

a la canoa. Antes de quince minutos estaremos navegando.

Aparece EVA.

EVA. — Papá... ¿Eh?

JORGE. — ¡La señorita mecánica!

EVA. — ¡Ah, sí!

JORGE. — Ya le había hablado de ella.

EVA. — Mamá preguntaba por ti.

CORONEL. — Allá vamos. Usted delante, querido adversario. Vamos.

ROBERTO. — ¡Dios mío de mi vida, sácanos con bien de este berengenal!

JORGE. — ¡Amén!

Se dirigen al foro. Telón rápido.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del primero. Entre el acto anterior y éste, ha transcurrido media hora.

Al levantarse el telón están en escena EVA *y* JORGE.

EVA. — Ni he leído a Bacon ni pienso leerlo.

JORGE. — Eres irrazonable, como todas las mujeres. No es necesario conocer a Bacon para comprender el sentido de una cita corriente. Escucha. «Se domina a la Naturaleza obedeciéndola.» ¿Qué es la Naturaleza? Pues no sólo árboles y cascadas, erizos y chirivías. La Naturaleza consiste también en muchos otros accidentes a los que es preciso sujetarse, o, lo que es lo mismo, obedecer. Por lo tanto, si yo me sujeto a esos accidentes, acabaré dominándolos. Que es lo que se trata de demostrar.

EVA. — ¡Déjate de filosofías, Jorge! Si yo no te hubiese visto almorzar tortilla de espárragos y coliflor, podía apostarme que habías tomado un almuerzo bastante fuerte.

JORGE. — Un absoluto dominio del espíritu es la condición ideal para la existencia masculina. ¿Por qué era grande Napoleón, el Grande? ¿Por qué no pudo defenderse de él Luis XVI? Sencillamente, porque Luis XVI no tenía tan gran dominio del espíritu como Napoleón, el Grande. A mí me parece que esto es ma-

temático. En la vida hay que obrar según las circunstancias; pero, sobre todo, hay que obrar rápido. Supongamos que una casualidad viene a interponerse en nuestra existencia.

EVA. — Por ejemplo... *La Señorita mecánica.*

JORGE. — ¡Vaya una salida! ¿De modo que yo estoy aquí poniendo ejemplos, haciendo historia, generalizando... y tú sales con *La Señorita mecánica?*

EVA. — Confiesa que es a ella a quien has aludido en toda tu charla. La sospecha es mala cosa, y yo ahora empiezo a sospechar. Sólo en otra ocasión te oí hablar de Napoleón, el Grande y de Luis XVI; y era en un momento en que te hallabas verdaderamente apurado.

JORGE. — ¡Por Dios, Eva! ¡Qué tonterías dices!

EVA. — Oye, Jorge... ¿Dónde está en este momento la señorita mecánica?

JORGE. — Con el tío, a bordo de la canoa. Están intentando poner el motor en marcha. ¡Calla! ¿Has oído algo?

EVA. — No. ¿Qué es?

JORGE. — Me pareció... Sí... Espera... Anda... ¡No anda!... ¡Otra vez anda!... ¡Otra vez se ha parado!...

Jorge escucha en la puerta izquierda del foro, y según que se supone que oye o no oye andar el motor, se alegra o se desalienta.

EVA. — Vale más que pierdas la esperanza.

JORGE. — *(Se encoge de hombros.)* Sí. Por algo dicen que ya pasó el tiempo de los milagros. Sin embargo, la casualidad ha hecho cosas más maravillosas. ¿Quieres que recemos?

EVA. — No. Prefiero que nos dediquemos a la confesión.

JORGE. — ¿Qué quieres decir?

EVA. — Siéntate aquí, Jorge. *(Jorge se sienta.)* Hay

algo que no está muy claro. ¿Vamos a ser francos el uno con el otro?

JORGE. — ¡Eres admirable!

EVA. — Vamos a ver... ¿No te parece conveniente aliviar tu corazón con una confesión pequeña, pero sincera?

JORGE. — Yo creí que bastaba con una confesión cada día. Y como ya antes me confesé contigo...

EVA. — Pero es que después han pasado muchas cosas.

JORGE. — ¡Calla!... No sigas... Escucha... ¡Anda el motor! Sí, no tiene duda. ¡Oh, qué alegría! ¡Tralará! ¡Tralará!...

EVA. — Pero fíjate, hombre. Ya no se le oye. Ya no anda.

JORGE. — ¡Oh, qué idiotez de motor!

EVA. — Ven aquí. Y reanudemos nuestra confesión.

JORGE. — Pero, ¿quién va a confesar?

EVA. — Los dos. Confesión mutua. Yo también te haré la mía. Te confieso que a la señorita mecánica le encuentro un gran parecido...

JORGE. — *(Rápido).* ¿Con alguna otra muchacha?

EVA. — Con algún otro muchacho.

JORGE. — Quizás.

EVA. — ¿Cómo que quizás?

JORGE. — Me explicaré. Esta señorita tiene un aspecto varonil, y claro... no es extraño...

EVA. — Demasiado varonil, Jorge. Como que es exactamente la cara de...

JORGE. — ¿De alguien que tú conoces?

EVA. — Que yo conozco.

JORGE. — Con esto de los parecidos se padecen muchas equivocaciones. Ya ves... en una ocasión, estando en París, un caballero se figuró que yo era el príncipe de Gales.

EVA. — ¡Déjate de bromas!

JORGE. — ¡Calla! Ellos vienen.

Salen por el foro izquierda el CORONEL, *rabioso y con las manos sucias, y* ROBERTO *que sigue con ropa de mujer.*

CORONEL. — ¡Rayos y centellas! ¡Esto es para darse a los demonios!

ROBERTO. — *(Con una frescura enorme).* En mi vida he visto un motor más díscolo.

JORGE. — Pero, ¿es que no hay manera de que ande?

ROBERTO. — Andar... anda un poco.

CORONEL. — ¡Recebolleta! ¡Pero si no anda un minuto seguido! Y hay que ver, ¡qué ridículo tan espantoso! Toda la gente de la playa divirtiéndose de nosotros.

ROBERTO. — Perdone, señor Coronel. De nosotros, no. Se divertían del motor.

EVA. — Bueno; pero ¿en qué consiste?... ¿Qué defecto tiene?

CORONEL. — ¡Eso es, precisamente, lo que yo quiero saber! ¿Usted puede decírmelo?

ROBERTO. — Es claro que puedo.

CORONEL. — ¡Pues entonces dígalo ya, con mil demonios!

ROBERTO. — Ahora, que yo lo voy a decir, pero usted no lo va a comprender. Se necesita ser casi un profesor de cálculo integral para comprenderlo. En cuanto a defectos de motor, esto es lo más defectuoso que yo he visto.

CORONEL. — ¡Basta de rodeos! Hable usted con claridad.

ROBERTO. — Bueno; pero no me van a entender. *(A Eva.)* ¿Quiere usted prestarme ese quitasol? *(Lo toma y dibuja con la contera en el suelo.)* Este es el motor. Aquí hay una rueda grande. Aquí hay otra rueda menor y aquí otra más pequeña.

EVA. — Total, tres ruedas.

CORONEL. — ¡No interrumpas! Siga usted.

ROBERTO. — Aquí hay dos roscas, y aquí tenemos una tuerca.

CORONEL. — ¿Una nada más?

ROBERTO. — ¡Ah, tiene usted razón! Añadiré otra tuerca y me comeré una rosca. Tenemos, pues, tres piezas importantes. La rosca y las dos tuercas. Para mayor claridad vamos a llamarlas *A*, *B* y *C*. *A* da una vuelta, *B* da una revolución y *C* da tres revoluciones. *A* no tiene motivo para cansarse.

CORONEL. — ¿Por qué?

ROBERTO. — Porque no da más que una vuelta. *B* y *C* son peligrosas.

JORGE. — ¿Peligrosas?

ROBERTO. — Por las revoluciones.

CORONEL. — Pero si yo creo que el defecto está en que no se produce la explosión.

ROBERTO. — Estamos llegando. Aquí está la válvula y aquí está el imán que produce la chispa. Como el motor es de gasolina, la chispa se produce con dificultad.

CORONEL. — Entonces, ¿cómo cree usted que se produciría mejor la chispa?

ROBERTO. — Si fuese de alcohol.

CORONEL. — Bueno, bueno..., vamos a ver. O yo soy un idiota o la explosión no se produce a tiempo porque el motor no está corriente.

ROBERTO. — Está medio loco.

CORONEL. — ¿Le falta alguna pieza?

ROBERTO. — Le falta un tornillo.

CORONEL. — Vamos estando de acuerdo. ¿Grande?

ROBERTO. — Pequeñísimo: tres milímetros, cuatro diezmilímetros, cinco cienmilímetros. ¡Nada!

EVA. — ¡Hay que ver! ¡Una cosa tan pequeña!...

ROBERTO. — La mecánica es asombrosa. Un hilo, a veces, trastorna toda una máquina. Supongan uste-

des el motor de un automóvil en marcha. Un hilo de acero sujeta un émbolo. Bien, pues se pierde el hilo y no hay quien siga.

JORGE. — Bueno; pero el clavito...

ROBERTO. — Voy a buscarlo y volveré con él inmediatamente.

CORONEL. — ¡Quiá! Usted no sale de aquí mientras no esté compuesto el motor. (Más vale pájaro en mano...)

ROBERTO. — Señor Coronel... pero si el clavito es indispensable...

CORONEL. — No se preocupe. Yo le traeré todas las piezas de reserva y todos los tornillos que sean precisos. Mientras tanto, hágame el favor de pasar a esta habitación.

Por el cuarto del teléfono.

ROBERTO. — Señor Coronel, yo le aseguro...

CORONEL. — Hágame el favor.

ROBERTO. — Está bien. Pero conste que comete usted un atropello.

CORONEL. — No importa. Pase usted.

ROBERTO. — *(Volviéndose.)* Un atropello con una mujer indefensa.

Sale FELIPE.

FELIPE. — Señor Vetelly... Ahí fuera preguntan por usted.

JORGE. — ¿Por mí? ... (¡Qué sospecha!) ¿Ha dicho quién es?

FELIPE. — No, señor. No me ha dicho su nombre.

JORGE. — Ahora voy yo.

CORONEL. — No, hombre. Que pase... ¡No faltaría más! Que pase.

Felipe hace señas y aparece FERNANDO, *vestido elegantemente.*

FERNANDO. — Con permiso. Pregunto por el señor Vetelly.

JORGE. — *(Corre a abrazarle.)* ¡Caramba! ¡Pero si eres tú! ¡Ya era hora! *(Estupefacción de Fernando.)* ¡Creí que te habías olvidado de mí! *(Bajo a Fernando.)* Hable usted. Sígame la corriente.

FERNANDO. — Buenos días, señorita. Buenos días, caballero. *(Aparte.)* ¡Que me aspen si comprendo una jota de todo esto!

JORGE. — *(Bajo a Fernando.)* Continúe usted, que va divinamente.

FERNANDO. — ¿Siguen ustedes bien?

EVA. — Muy bien.

CORONEL. — Perfectamente.

JORGE. — ¡Hacía un siglo que no nos veíamos! Pero estás igual, igual. *(Bajo a Fernando.)* Sígame la corriente. *(Alto.)* Pero, ¡qué distraído!... Con la alegría me he olvidado de hacer las debidas presentaciones. Tengo el gusto de presentar a ustedes a mi antiguo amigo del tiempo en que residí en París, el barón de Friardot Belmont. Mi tío, el coronel von Brate y mi prima Eva.

FERNANDO. — *(Como el que ve visiones.)* Encantado.

CORONEL. — *(Algo frío.)* Tanto gusto, señor barón.

Eva saluda inclinando la cabeza.

FERNANDO. — *(Aparte.)* Vaya, no hay más remedio que seguir la broma. *(Alto.)* ¡Siempre tan alegre y decidor, querido... querido...

JORGE. — *(Rápido, en voz baja.)* ¡Jorge!

FERNANDO. — Querido Jorge. *(Bajo a Jorge.)* No conocía más que el apellido. *(Alto.)* Ya les conocía a ustedes por referencias. Este bribón de Jorge me ha hablado tantas veces de su tío y de su prima, que ya estaba deseando conocerles.

EVA. — El señor querrá asearse un poco.

FERNANDO. — Sí, en efecto. No vengo muy presentable.

EVA. — Los viajes en automóvil ensucian mucho.

JORGE. — Muchísimo. Me lo llevo a mi cuarto. Te

hacen falta cincuenta metros cúbicos de agua y medio kilo de jabón.

FERNANDO. — ¡Siempre el mismo! Pues vamos donde quieras. Con permiso. *(Aparte a Jorge.)* Ahora me explicará.

JORGE. — Por aquí... Por aquí, querido.

Vase con Fernando por la izquierda.

CORONEL. — Parece un poco rudo este barón.

EVA. — En estos tiempos hay aristócratas muy originales... Y al fin, amigo de Jorge.

CORONEL. — Sí, es verdad. Jorge tiene unos amigos muy extravagantes. Esperemos a que éste se haya lavado. Puede que gane. En fin, preocupémonos de lo importante. Voy a buscar los tornillos y las piezas de reserva del motor. ¿Has leído *La Voz de Stockolmo?*

EVA. — No, papá.

CORONEL. — ¿Dónde la habrán puesto? *(Vase por el foro izquierda llamando.)* ¡Felipe! ¡Felipe!

EVA. — *(Se dirige a la mesita de los periódicos.)* ¿Estará aquí?... No... Este tampoco...

Suspende repentinamente el rebusco ante un ruido que suena en la puerta de la derecha. Se esconde detrás de una planta de salón. El ruido lo ha producido ROBERTO, *que ha conseguido abrir la puerta de la derecha con un cortaplumas que trae en la mano. Sale a escena y sin ver a Eva se dirige hacia la puerta foro izquierda. Eva le sale al paso.*

¡Vaya con la señorita! ¡Esto sí que es habilidad! Abrir con ganzúa.

ROBERTO. — ¡Protesto! Ha sido con un sencillo cortaplumas. Para algo soy mecánica. Por cierto que es de su papá. Aquí lo dejo.

Sobre la mesita.

EVA. — Es un instrumento inocente.

ROBERTO. — A mí me pareció el instrumento de la Providencia.

EVA. — ¿De modo que si yo no estoy aquí, usted aprovecha la ocasión y se escapa?

ROBERTO. — Pues, francamente, sí.

EVA. — Pero ¿por qué razón?

ROBERTO. — No lo puedo decir... y usted, por lo visto, no lo adivina. En fin, señorita, yo la suplico que me deje salir.

EVA. — Esto es una traición a mi papá. Acuérdese usted del motor, de la canoa, de las regatas de mañana, de las apuestas... No... Usted no hará eso. Siéntese aquí y vamos a hablar las dos con franqueza... Con la discreción propia de dos muchachas.

Se sienta en la «chaise-longue» y hace seña a Roberto para que se siente.

ROBERTO. — Propia de dos muchachas. Gracias.

EVA. — Deseaba yo esta oportunidad para preguntarla...

ROBERTO. — ¿Por el motor?... Tranquilícese... Andará, andará con toda seguiidad.

EVA — No, perdone... Es otra cosa la que yo quiero aclarar...

ROBERTO. — *(Aparte.)* ¡Frescura, ayúdame!

EVA. — Contésteme sinceramente. ¿No le ha dicho a usted alguien que su cara tiene un parecido sorprendente con... con...?

ROBERTO. — Siga usted, señorita. *(Fingiendo melancolía.)* Aunque algo triste parece que me reservan sus palabras.

EVA. — Con cierto estudiante de medicina que se llama...

ROBERTO. — Roberto Jilcke.

EVA. — Efectivamente. A Roberto aludo.

ROBERTO. — ¿Ve usted, señorita? ¡Es una historia

muy triste! Va usted a saber toda la verdad. Roberto es mi hermano.

EVA. — Pero usted se llama Bryngel...

ROBERTO. — Apellido postizo. Consideraciones de familia. No me pregunte. ¿Qué no hace una por la familia? No me pregunte.

EVA. — ¿Quiere usted que hablemos de Roberto?

ROBERTO. — Hablemos de Roberto.

EVA. — Digo, si esto no le causa violencia.

ROBERTO. — No. Es, precisamente, el único de mi familia con quien yo transijo.

EVA. — ¿Se trata usted con él?

ROBERTO. — Me trato.

EVA. — Y, ¿a usted no le parece que Roberto no tiene muy buena fama?

ROBERTO. — Habladurías. Su fama no es buena; pero cónstele a usted que él es mucho mejor que su fama.

EVA. — ¿De veras?

ROBERTO. — ¡Cuando yo se lo digo!... Roberto tiene un alma excelente.

EVA. — Dicen que la cara es el espejo del alma.

ROBERTO. — ¡Esto, no! Usted exagera. Quizás no es tan feo como otros, pero no es un Adonis precisamente.

EVA. — Es usted muy modesta.

ROBERTO. — ¿Yo?

EVA. — ¡Claro!... Porque cuanto más me fijo, más parecido creo encontrar entre ustedes dos.

ROBERTO. — ¡Oh, no es extraño! Roberto y yo somos gemelos. Pero sigamos hablando de él, si le parece. De sus condiciones. Primero: Tiene un buen corazón.

EVA. — Buen alma... buen corazón... Según usted, es un ángel.

ROBERTO. — Le faltan las alas. Segundo: No tiene nada de tonto. Seguramente, hará una carrera brillantísima. Tercero: Es franco, leal... como un libro abierto.

EVA. — Cuarto: Es un calavera, un informal, un cínico, un despreocupado...

ROBERTO. — ¿Ve usted? ¡La calumnia! Ya está ahí el borrón infamante de la calumnia. Las habladurías. Lo que yo le digo... Y, ¿quién le ha contado a usted todas esas monadas de mi hermanito?

EVA. — ¿Quién...? Lo dice todo el mundo.

ROBERTO. — Y usted, ¿opina como todo el mundo?

EVA. — Yo...

ROBERTO. — Con franqueza. ¿Qué opinión tiene formada de Roberto?

EVA. — Que, a pesar de todo, es un hombre que inspira simpatía.

ROBERTO. — ¡Benditos sean los labios que pronuncian esas palabras!

EVA. — Por lo visto, quiere usted mucho a su hermano.

ROBERTO. — Lo quiero... como a mí mismo.

EVA. — Entonces debiera usted darle algunos consejos.

ROBERTO. — Se los daré. Sí, señorita. Pero, ¿qué consejos me aconseja usted?

EVA. — En primer lugar, que se deje de calaveradas y que se dedique a cosas de más fundamento. Un hombre debe ser un hombre y no un mamarracho.

ROBERTO. — ¡Es claro!... ¡Tiene usted una atrocidad de razón!

EVA. — ¡Si usted pudiera convencer a su hermano de que debe cambiar de conducta!

ROBERTO. — Si hay alguien que pueda convencer a mi hermano, soy yo. Confíe en mí.

EVA. — Silencio. Alguien llega. Puede que sea papá. ¡Pronto!

ROBERTO. — ¡Está bien, otra vez a la cárcel!

Vase por el cuarto del teléfono y deja la puerta entreabierta. Eva se dirige tran-

quilamente a la puerta derecha del foro, sale a la terraza y se apoya en la balaustrada. Durante el siguiente diálogo está de espaldas al público, pero siempre visible.

Salen por el foro izquierda FERNANDO *y* JORGE. *Éste viene bastante nervioso.*

JORGE. — Es necesario que me ayude usted en este trance.

FERNANDO. — Baje la voz. Está ahí su prima.

JORGE. — *(Lleva al proscenio a Fernando y le dice a media voz.)* Comprenda que es absolutamente preciso resolver esta situación. Tan pronto como sea posible.

FERNANDO. — ¿Ha dicho usted que pronto?

JORGE. — Le llamé a usted en su calidad de mecánico para que viniera a componer el motor de la canoa del Coronel.

FERNANDO. — Y después me ha hecho usted barón. ¡Excelente idea, que yo no comprendo!

JORGE. — Lo que yo no comprendo es por qué se niega usted a componer el dichoso motor y a desaparecer inmediatamente después.

FERNANDO. — ¡Pero si no me niego! Opino que no es cosa tan urgente como usted dice. Comprenda, señor Vetelly, que esto de ser barón, sobre todo para un pobre diablo como yo, viene a ser algo así como fumarse un habano magnífico. ¡Hay que apurar la colilla!

JORGE. — Pero, ¿qué piensa usted hacer?

FERNANDO. — Sencillísimo. La primita es una muchacha encantadora. Pienso hacerla el amor. Mi querido amigo, ya está usted enterado.

Saluda familiarmente a Jorge y se dirige a la terraza, donde entabla con Eva una silenciosa, pero animada conversación.

Sale ROBERTO *del cuarto del teléfono. A Jorge.*

ROBERTO. — ¿He oído mal, o es que se ha vuelto loco ese hombre?

JORGE. — ¡Qué sé yo! Realmente, es un poco arriesgado hacer barón a un mecánico. Se ha propuesto apurar la colilla.

ROBERTO. — Es necesario que ese hombre vuelva a la realidad.

JORGE. — ¿Tú tienes algún medio?

ROBERTO. — ¡Ah, ya lo creo!... Y lo emplearé. Primero con palabras, y si no son bastante, con los puños.

JORGE. — ¡Bonita solución! El mecánico ese te daría una tunda, sin considerar que eres una muchacha agraciada.

ROBERTO. — ¡Pero fíjate qué atrevido!... Está asediando a Eva. ¡Vamos, yo no puedo contenerme! Yo me remango las faldas y la emprendo a puntapiés con ese tipo.

JORGE. — Espera, hombre. Vamos a probar con buenas palabras.

Eva se retira un poco. Fernando va a seguirla; pero Jorge le sujeta por un brazo.

Un momento, barón.

FERNANDO. — Mañana, mañana...

JORGE. — Es cosa urgente y de importancia. Con permiso, Eva.

EVA. — ¡No faltaría más!

FERNANDO. — Está bien. *(Mirando su reloj.)* Le concedo tres minutos. *(A Eva.)* Iré a buscarla al parque, señorita.

Eva no puede contener la risa. Mutis expresivo por el foro izquierda.

JORGE. — ¡Oiga, señor Pistolet!... ¡Es necesario que comprenda!...

ROBERTO. — *(Fuera de sí).* ¡Sí, señor! ¡Es necesario!

FERNANDO. — ¡A ver, ese marimacho!... ¡O la ponen un bozal o la echo de aquí!

JORGE. — ¡Baje usted la voz!

FERNANDO. — Estoy a la disposición de usted, señor Vetelly.

JORGE. — Insisto en que la situación que por la tardanza de usted se ha creado, es preciso resolverla pronto y bien.

FERNANDO. — Yo no he inventado nada. Me he limitado a conformarme con mi papel.

JORGE. — Ofrezco a usted cien coronas.

ROBERTO. — Ofrécele doscientas.

FERNANDO. — Ustedes no se fijan con quién hablan. Eso es una pequeñez para un hombre de mi alcurnia.

JORGE. — Ofrezco a usted cuatrocientas.

FERNANDO. — Mi alcurnia no me permite aceptarlas.

ROBERTO. — Ofrécele quinientas. . . pero de ahí no pases.

JORGE. — Quinientas coronas... Baje usted de su alcurnia.

FERNANDO. — Pero entendámonos. ¿Qué es lo que tengo yo que hacer por esas quinientas coronas?

JORGE. — Ya lo sabe. Arreglar el motor y desaparecer. Es cosa de dos minutos.

ROBERTO. — De medio minuto.

FERNANDO. — ¡Que se calle esa cigüeña! ¿De modo que ese es el programa de ustedes? Pues ahora van ustedes a conocer mi programa.

ROBERTO. — ¿Su programa? Pero, ¿qué pretende este hombre?

FERNANDO. — La suerte no se presenta más que una vez en la vida, y hay que aprovecharla. A mí se me ha presentado, y comprenderá usted que no voy a despreciarla por quinientas coronas. ¡Estoy a dos pasos del triunfo definitivo! ¡Definitivo! Que ustedes lo pasen bien.

ROBERTO. — (¡Yo no he visto una insolencia semejante!.)

JORGE. — Pero, ¿adónde va usted?

FERNANDO. — Me espera la señorita Eva. Estoy a dos pasos del triunfo definitivo ¡Definitivo! Para servirles a ustedes. ¡Definitivo!

Vase contoneando cómicamente por foro izquierda.

ROBERTO. — Pero, ¿has visto un sinvergüenza semejante?

JORGE. — No va a haber más remedio que confesarle al Coronel toda la verdad.

ROBERTO. — ¡No, por Dios!... Yo creo que lo mejor es agotar hasta el último cartucho. Hay que esperar, por lo menos, a que anochezca. Así podré yo evadirme con facilidad.

JORGE. — ¡Pero es que ese bárbaro se toma unas libertades intolerables!

ROBERTO. — ¡Dímelo a mí! Lo mejor es vigilarle, no dejarle ni a sol ni a sombra. Encárgate de eso.

JORGE. — Le vigilaré... pero como es tan bruto me temo que exagere sus atrevimientos.

ROBERTO. — Jorge... ¡en qué situación me ha colocado la calaverada de anoche!... Pero tú eres un amigo mío... yo espero de ti mi salvación...

JORGE. — Sí, hombre... No te preocupes.

ROBERTO. — Es necesario que impidas el asedio a Eva por ese sinvergüenza.

JORGE. — Lo impediré. Son unas cuantas horas de sobresalto y de habilidad. Pero llegará la noche y habremos triunfado. Te lo garantizo.

ROBERTO. — Gracias, Jorge. Tienes un corazón excelente. Que yo me salve, que yo me vea libre y mi gratitud será eterna. Toda mi esperanza, toda mi confianza están en ti. Déjame que te abrace, Jorge.

JORGE. — Sí, hombre. Pero yo no hago más que cumplir con mi deber de amigo.

ROBERTO. — De gran amigo. De amigo excepcio-

nal. Este abrazo afianza nuestra amistad hasta lo infinito.

Aparece ALEJANDRO *en el momento en que se abrazan los dos amigos.*

ALEJANDRO. — ¡Recaracoles! ¿Está... está el Coronel?...

JORGE. — ¡Ah! Es el señor Vallert... Mi tío debe andar por ahí..., por ahí... Voy a buscarle. (Voy a vigilar al mecánico.)

ROBERTO. — Me parece bien.

JORGE. — Espérele aquí... Vendrá en seguida. Hasta ahora.

Vase por foro izquierda.

ALEJANDRO. — (¡Es una pájara! ¡Es una pájara!) Felicito a usted, señorita, por sus admirables disposiciones para la mecánica.

ROBERTO. — ¡Bah! No tienen importancia.

ALEJANDRO. — Perdóneme la indiscreción. ¿Esto lo hace usted por afición o por necesidad?

ROBERTO. — Por necesidad. ¡Está todo tan malo!...

ALEJANDRO. — ¡Pobre!... Quizá viene usted aquí por una miseria a proporcionar al Coronel un buen puñado de coronas. Cuando se encuentra un ángel en el camino de la vida, el hombre de corazón ardiente es capaz de los mayores sacrificios. Señorita... Señorita... Me ha interesado usted hasta lo infinito, señorita...

ROBERTO. — ¡Por Dios, caballero! ¡Por Dios!

ALEJANDRO. — (¡Es mía!) Usted lo ha dicho. Yo soy un caballero..., un hombre de honor, que va a redimir a una hermosa... (Retira la mano. No es una mujer cualquiera.) Usted ha dicho que la necesidad la impele...

ROBERTO. — Sí, pero por Dios...

ALEJANDRO. — Pues yo no quiero que la impela. Señorita, si usted accede a mi pretensión, usted será feliz y yo también.

Roberto. — (¡No me faltaba más que esto!)

Alejandro. — (No contesta. La estoy emocionando.) Señorita... El Coronel es incapaz de sentir las dulces sensaciones que mi corazón experimenta. El Coronel la trata a usted como a un barbarote que lima tuercas y que engrasa émbolos. Tasa en unas miserables coronas el trabajo de esas manos de gloria, y cuando haya terminado su misión la pagará a usted fríamente y no volverá a acordarse de usted para nada. Y mientras él disfruta las coronas ganadas en las regatas, gracias a la habilidad de usted, usted, señorita, dará tumbos por el mundo, seguramente sin fortuna, quizás sin amor.

Roberto. — (¡Me va a hacer llorar este hombre!)

Alejandro. — Yo estoy dispuesto a evitar todo eso... Yo estoy decidido a darla a usted la felicidad a cambio de una pequeñísima compensación. Yo quiero que usted no arregle el motor de la lancha del Coronel.

Roberto. — ¡Oh! Pierda usted cuidado.

Alejandro. — Esas palabras... esas palabras no podían brotar más que de los labios de un ángel. Déjele usted que él pierda... Así yo gano, y ganando yo tendremos un nido que será una monería. Verás que nido... Verás...

Se oye la voz de Matilde.

Mi mujer. Disimula.

Matilde. — ¿Eh? Pero...

Alejandro. — ¡Calla! ...

Matilde. — Explícame...

Alejandro. — ¡Calla! ... Es mía... es nuestra...

Matilde. — No te oigo.

Alejandro. — Ni falta que te hace.

Salen Coronel *y* Lily.

Coronel. — Tus celos son infundados. Yo no pienso más que en mi lancha, en el motor, en las regatas.

Lily. — Ciertos detalles..

CORONEL. — Te repito... Pero fíjate... Hay testigos. Variemos de conversación.

ALEJANDRO. — ¿Qué, señor Coronel?... Lo veo a usted completamente satisfecho. ¿Cómo va el motor?

CORONEL. — Bien. Completamente bien. Maravillosamente bien.

ALEJANDRO. — *La Señorita mecánica* ha sido un buen hallazgo. Le felicito sinceramente.

CORONEL. — Gracias. Muchísimas gracias *(Bajo a Lily).* Tengo una sospecha. ¿Estará este hombre en combinación con la señorita mecánica? Parece que la mira de un modo particular. Ahora veremos. A mí no me engaña.

Sale FELIPE *por foro izquierda. Trae una maleta bastante pesada. La deja en el suelo.*

FELIPE. — Aquí está la maleta, señor Coronel.

CORONEL. — Está bien. Déjala ahí.

FELIPE. — Pesa como un demonio.

CORONEL. — ¡Señorita!... ¡Señorita!

ROBERTO. — *(Que está distraído mirando hacia la terraza.)* ¿Es a mí?

CORONEL. — Lógicamente.

ROBERTO. — Es verdad. Ya no me acordaba.

CORONEL. — ¿Eh?

ROBERTO. — Del motor. Calle usted. Me había quedado *ensimismada.*

CORONEL. — Aquí están los tornillos y las piezas de recambio. Hace un momento demostró usted *teóricamente* el defecto del motor. Declaro que yo no comprendí ni una jota. Ahora tiene usted ocasión de demostrar el caso prácticamente.

ROBERTO. — En el acto.

CORONEL. — Busque usted las piezas que necesite y vamos a la lancha.

ROBERTO. — A ver... Si no es más que un tornillo.

CORONEL. — ¿Está?

ROBERTO. — Sí, señor Coronel.

CORONEL. — En marcha.

ROBERTO. — ¡Ay, ay, ay!

CORONEL. — ¿Eh? ¿Qué es eso?

ROBERTO. — Yo no sé qué me sucede. Se me va la cabeza.

Finge desmayarse sobre el Coronel.

CORONEL. — Que se le va la cabeza.

LILY. — Que se le va.

ALEJANDRO. — Que se le va.

JORGE. — ¡Que se le vaya!

CORONEL. — Si es que se cae.

ALEJANDRO. — Deje usted. Yo la cogeré.

MATILDE. — ¿Qué veo? ¡Mi esposo abrazando a la mecánica!

ALEJANDRO. — ¡Cállate! Es una obra de caridad.

MATILDE. — *(Al Coronel).* ¿Eh?

CORONEL. — ¡Que se calle usted, señora!

Aparece EVA, *seguida de* FERNANDO.

EVA. — ¡Déjeme en paz!

FERNANDO. — Señorita... Ha sido sin querer.

LILY. — ¿Qué ha sucedido?

EVA. — El barón que, por dos veces, accionando con una viveza ridícula, me ha dado con el *claque* en la cara.

FERNANDO. — Es que tiene el muelle tan flojo... Perdóneme.

Lo deja sobre una silla.

MATILDE. — *(A Alejandro).* ¡No la aprietes tanto!

ALEJANDRO. — Pero, ¿no ves las sacudidas que da?

MATILDE. — *(Al Coronel).* ¿Eh?

CORONEL. — ¡Que se sacude, señora!

Aparece EL COMISARIO DE POLICÍA *por foro izquierda. Desaparece Fernando.*

COMISARIO. — Con permiso. Señor Coronel...

CORONEL. — ¿Qué? ¿Se sabe algo?

COMISARIO. — Se sabe que uno de los revoltosos... un tal Roberto Jilcke... se halla refugiado en esta villa...

TODOS. — ¿Eh?

COMISARIO. — Y disfrazado de mujer. ¿Eh? Allí está. ¡Señorita!... Digo, caballero... ¡Dése usted presa!... ¡Preso!

ROBERTO. — ¿Yo?... ¡Está loco!

Hace seña a Jorge. Éste sujeta al policía los brazos por la espalda. Roberto, rápido, coge el claque que dejó Fernando y se lo cuela en la cabeza al Comisario, tapándole toda la cara. Estupefacción general.

COMISARIO. — ¡He dicho que preso!

Roberto aprovecha la confusión y sale de estampía.

ROBERTO. — ¡La del humo!

CORONEL. — ¡Pero, recaracoles! Pero, ¿qué belén es éste? ¡Señor Comisario, toque usted el pito!

JORGE. — Como no lo toque con... con... ¡con las rodillas!

Cuadro. Telón rápido. Los movimientos y gestos de este final a la discreción de los actores.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración de los anteriores. — Es la caída de la tarde del mismo día.

Al levantarse el telón Eva *y* Lily *están sentadas,* Jorge *de pie.*

Lily. — Más alegría hay en el cielo cuando entra un pecador arrepentido...

Jorge. — Que cuando entran diez mil justos. Esto ya lo sé. Pero, por Dios, no me abrumen ustedes recordándome la Biblia.

Eva. — Oye, Jorge, no te enfades; pero, la verdad, ¿a que no sabes a quién te pareces en este instante? A una imagen de la Magdalena después del arrepentimiento...

Jorge. — ¡Era preferible un interrogatorio de la Inquisición!

Lily. — Vamos, Jorge, no es para tanto. Son unas preguntas lógicas.

Jorge. — Son ganas de atormentarme. Confiesen ustedes que lo han comprendido todo.

Lily. — Casi todo... Nos falta el otro casi.

Jorge. — Pues bien, lo que ha pasado es obra de...

Eva. — De la casualidad.

Lily. — Comprendido. Tú quieres ayudar a tu amigo y te has metido en un berengenal. Mi razón se hace cargo y te absuelve.

JORGE. — ¡Ojalá tuviera todo el mundo la razón de usted!

EVA. — Mamá en sus juicios le hace competencia a Salomón.

JORGE. — En cambio, el tío estará que cogerá el cielo con las manos. Cualquiera le confiesa la verdad.

EVA. — No. Es preferible que siga creyendo en el error de la policía.

LILY. — Y esperando que la señorita mecánica, cuando se le haya pasado el susto, vuelva a presentarse para arreglar de una vez ese condenado de motor.

EVA. — Pues puede esperar sentado.

LILY. — Sentado y está dando más vueltas que un león dentro de su jaula.

EVA. — Yo no lo he visto nunca tan rabioso como hoy.

LILY. — Jorge, ¿tú hablaste con él?

JORGE. — Sí, pero muy pocas palabras. Después de la ... de la catástrofe me dijo: Ya arreglaremos cuentas usted y yo.

EVA. — ¿Te habló de usted?

LILY. — Tu padre, cuando está de mal humor, habla de usted a él mismo.

JORGE. — Yo le tengo un pánico horroroso. ¡Qué sé yo lo que daría porque se le pasara esta contrariedad!

LILY. — Pues no le des vueltas. Hoy no le endulzáis el carácter más que con una sola cosa: el motor.

EVA. — El eterno motor.

JORGE. — De modo que la salvación está siempre pendiente de un mecánico. ¡Ah! por cierto. ¿Qué habrá sido del tal Pistolet?

EVA. — Habla con propiedad. Del señor barón de Friardot-Belmont.

JORGE. — Déjate de bromas. Parece que se lo ha tragado la tierra.

LILY. — Quizás lo haya visto el criado.

JORGE. — Voy a preguntarle. *(Toca el timbre).* ¿Qué mira usted?

LILY. — Observo por si falta algún objeto.

JORGE. — ¡Qué cosas tiene usted!

Sale FELIPE.

FELIPE. — ¿Llaman?

JORGE. — Oye, Felipe, ¿sabes por dónde anda el señor Ri... el señor Barón de Belmont?

FELIPE. — ¡Vaya usted a saber! Seguramente, bastante lejos de aquí. A juzgar por la velocidad con que ha salido.

LILY. — Si cuando yo te decía...

JORGE. — Tú sabes, por lo visto, en qué momento salió.

FELIPE. — Sí, señor. Cuando llegó el Comisario de policía. En aquel momento todos ustedes estaban pendientes del desmayo de la señorita mecánica. Yo seguí al Comisario y me quedé en aquella puerta. Observé que el barón se puso colorado y después blanco como el papel. Antes de que el Comisario hablara, el barón había desaparecido. Se deslizó suavemente por aquella parte.

Señala al foro derecha.

JORGE. — ¿Cómo que se deslizó?

FELIPE. — Esa es la palabra exacta.

EVA. — Pero, ¿por qué desapareció tan rápido?

FELIPE.. — Consecuencias de la estadística.

LILY. — ¿De la estadística?

FELIPE. — Sí, señora. Un amigo mío, que es de la policía, me dijo en cierta ocasión que la estadística ha demostrado que cuando un Comisario entra en una habitación donde están diez personas hay siempre dos que quisieran que al Comisario se le tragara la tierra. Por lo visto, el barón era uno de los dos de la estadística.

LILY. — Está bien. Puede retirarse. *(Vase Felipe).*

Como veis no se puede esperar que venga la salvación por la parte del tal Pistolet.

JORGE. — Por lo visto es un pájaro de cuenta. *(Voces dentro, del Coronel)*. ¡Son unos canallas! ¡Unos sinvergüenzas!

EVA. — ¡Es la voz de papá!

LILY. — Pero puesta en el cielo.

JORGE. — Viene como para pedirle un favor.

Aparece el CORONEL.

CORONEL. — ¡Unos miserables!

LILY. — Pero, hombre, por Dios, tranquilízate.

CORONEL. — ¿Tú sabes la infamia que han inventado? ¿Ustedes saben la canallada que se dice? Se asegura que yo estoy de acuerdo con mi contrincante y que he descompuesto el motor para que él gane y repartirnos el dinero de los que apostaron por mi lancha. ¡Les parece a ustedes!

EVA. — Eso se desprecia papá.

CORONEL. — ¡La ira es no tener quien arregle el maldecido motor! El único que lo entiende es un bribón y está en la cárcel. Me refiero a Juan Melinder. ¡Merecía que lo ahorcaran! *(Se oyen dentro voces de Alejandro y Matilde)*. ¿Eh, quién grita?

Jorge sube al foro.

JORGE. — Es el señor Valert con su señora. Parece que viene rabioso.

CORONEL. — ¡Pues ahora veremos quién es el que más muerde!

Salen ALEJANDRO *y* MATILDE.

ALEJANDRO. — Señor Coronel, vengo a pedirle a usted una explicación.

CORONEL. — ¿A mí? ¿A mí una explicación?

ALEJANDRO. — Según noticias, usted se ha permitido insinuar que yo debía mantener una especie de complot secreto...

MATILDE. — ¡El objeto! ¡El objeto!

ALEJANDRO. — ¡Calla, marmolillo! Una especie de complot secreto con la señorita mecánica.

CORONEL. — ¿Que yo he dicho? ¡Pero si lo que se dice...!

ALEJANDRO. — ¡Entenderme yo con la tal señorita y con lo fea que es...! ¡Porque no tiene nada de bonita!

MATILDE. — ¡Irrita! ¡Sí, señor, que irrita!

ALEJANDRO. — Y, además, que debe ser una pájara de cuenta. ¿Saben ustedes la última noticia? La señorita mecánica está presa.

Movimiento general.

EVA. — ¿Qué dice usted?

LILY. — ¿Es cierto?

JORGE. — Pero, ¿la... la señorita mecánica presa? ¿Cuándo?... ¿Dónde?

ALEJANDRO. — Ahora mismo. No hará media hora. La han detenido en una casa de baños, departamento de señoras.

JORGE. — ¿En el departamento de señoras?

EVA. — No... no es posible... ¿verdad, Jorge?

CORONEL. — Señor mío, ¿eso no será un infundio de usted?

ALEJANDRO. — No tardará usted en convencerse. La policía le dará noticias exactas. Según parece, la mujer detenida ha declarado que la única persona a quien conoce en esta población es el señor Coronel.

CORONEL. — Y a Jorge... y a los demás. Habrá querido decir la única familia.

MATILDE. — *(A Lily).* ¿Qué dice de la sombrilla?

ALEJANDRO. — En definitiva, señor Coronel. Vengo a que me dé usted una satisfacción por esas habladurías. Usted ha dicho...

CORONEL. — ¡Yo no he dicho nada, recaracoles!

ALEJANDRO. — Ese tono...

CORONEL. — Es el que me conviene. ¡Yo no tengo por qué darle a usted explicaciones!

ALEJANDRO. — Señor Coronel...

CORONEL. — ¡Señor Calabazas!

LILY. — ¡Vamos! ¡Por Dios!

ALEJANDRO. — *(Bajo a Matilde).* ¿Te parece que le mande los padrinos?

MATILDE. — ¡El vino! ¡El vino!

ALEJANDRO. — No, mujer. *(Gritando.)* ¡¡Que si te parece que le mande los padrinos!!

MATILDE. — ¡Divino! ¡Divino!

ALEJANDRO. — Vamos a casa. ¡Señor Coronel... nos veremos las caras!

MATILDE. — ¿Eh?

ALEJANDRO. —Vamos a casa. ¡Nos veremos las caras!

Vase rápido por foro izquierda. Se lleva, zarandeándola, a Matilde, que no puede disimular su asombro.

CORONEL. — ¿Han visto ustedes qué mamarracho?

LILY. — Pero se ha sentido valiente.

CORONEL. — ¡Valiente... mamarracho! ¡Y que semejante tipejo sea el dueño de una lancha que tiene un motor que funciona! ...

Sale FELIPE. *Trae una tarjeta sobre una bandeja.*

FELIPE. — Este caballero desea ver al señor Coronel.

CORONEL. — ¡Para visititas estoy yo ahora! *(Lee la tarjeta).* «Roberto Jilcke». No le conozco.

FELIPE. — El caballero dice que sí.

CORONEL. — Pues no caigo.

EVA. — *(Bajo a Jorge).* Pero Roberto, ¿no fué detenido?

JORGE. — Sí. En una casa de baños. Departamento de señoras.

CORONEL. — En fin, dile que pase.

Vase Felipe.

JORGE. — *(Bajo a Eva y Lily).* Yo estoy que parece que sueño.

EVA. — Te acompaño en la pesadilla.

LILY. — Tú, tranquilidad... sea quien sea.

Aparece ROBERTO *por foro izquierda. Viene vestido de hombre; traje elegante de verano, flor en el ojal, alfiler con perla en la corbata, bastón y guantes.*

ROBERTO. — Muy buenas tardes, señoras... y señores.

CORONEL. — *(Rígido).* Para servirle, señor mío.

ROBERTO. — ¿De modo que no tengo el honor de ser reconocido?

CORONEL. — No, señor... Pero, digo, sí... sí... Yo conozco esa cara.

ROBERTO. — Verán ustedes cómo cae.

CORONEL. — Efectivamente, en su cara hay algo que... La nariz, la frente, los ojos... Pero, ¡recaracoles! si esto me parece cosa de magia.

JORGE. — Dígalo de una vez. Este caballero se parece como una gota de agua a otra gota de agua a...

EVA. — ¡Jesús, qué torpes! La otra gota de agua se llama ¡La señorita mecánica!

CORONEL. — Es claro que sí... Pero... Yo dudo todavía... aunque la cara... sí, sí.. ¡la señorita mecánica!

ROBERTO. — No se caliente más los cascos. Mi parecido es tan grande porque esa señorita...

EVA. — ¿Es su hermana?

ROBERTO. — Háganme el favor de creerme bajo mi palabra. Esa señorita soy yo... mejor dicho, era yo.

CORONEL. — ¡Recaracoles! ¿De modo que era usted la señorita que estaba esta mañana acostada sobre esa *chaise-longue?*

ROBERTO. — Eso fué después.

CORONEL. — ¿Cómo?

ROBERTO. — Antes estuve debajo de la *chaise-longue.* ¿Verdad, Jorge?

JORGE. — Exacto.

CORONEL. — ¡Pero es que son ustedes unos sinvergüenzas!

ROBERTO. — Yo le explicaré a usted...

CORONEL. — ¡No necesito explicaciones! ¿De modo, señor mío, que es a usted a quien tengo que agradecerle el ridículo en que me encuentro?

ROBERTO. — Hasta el fin nadie es dichoso, señor Coronel. Está usted salvado.

JORGE. — Sí, tío, salvado.

CORONEL. — Pero, ¿quieren ustedes ir a tomarle el pelo al demonio? Yo no me dejo engañar dos veces ¡y en un mismo día! ¡Fuera de aquí, señor mío!

ROBERTO. — Está bien... Así paga usted el que yo me haya preocupado para salvarle.

CORONEL. — ¡El que se preocupó de salvarse fué usted. Ahora caigo por qué se presentó en esta villa disfrazado de mujer. En usted esa poca aprensión se comprende. ¡Pero la complicidad de mi sobrino!... ¡Te parecerá decente!... ¡Amparar a un escandaloso a quien persigue la policía, facilitarle el medio de que se introduzca en mi villa y me tome el pelo describiéndome el motor y dando vueltas a los tornillos... ¡Recaracoles, esto es demasiado!

EVA. — (A papá no se le ablanda hoy ni metiéndole en lejía.)

CORONEL. — Caballerito, mi última palabra. ¡Salga usted!...

ROBERTO. — Inmediatamente... pero permítame que le pida perdón y que le estreche su mano.

CORONEL. — Bien, pero salga inmediatamente.

ROBERTO. — «Amor relámpago». Traspaso de la perfumería. Cinco mil coronas.

CORONEL. — ¡Cállese usted!

ROBERTO. — La contestación mañana por conducto de *La Voz de Stockolmo.*

CORONEL. — ¡Pero cállese usted!...

ROBERTO. — Un servidor estaba debajo de la *chaise-longue.*

LILY. — ¿Qué dice?

CORONEL. — Nada. Disculpas. Cosas de muchachos. No hay más remedio que perdonarle. A mí... ¡a mí las cosas de los muchachos, vamos es que me hacen una gracia loca!

Sale el COMISARIO DE POLICÍA *por foro izquierda.*

COMISARIO. — Muy buenas tardes, señoras y señores. Perdonen que por tercera vez venga a molestarles.

LILY. — Por tercera vez le recibimos con simpatía.

COMISARIO. — Muy amable. *(Al Coronel).* Pero esta vez tengo que comunicarle una noticia positiva. La señorita mecánica está detenida.

ROBERTO. — Y el señor Comisario, ¿está completamente seguro de eso?

COMISARIO. — Segurísimo. Di las oportunas órdenes a mis agentes, y han conseguido detenerla en una casa de baños, departamento de señoras.

ROBERTO. — ¡Es un golpe magistral de la policía! Permítame el señor Comisario que le felicite con efusión.

COMISARIO. — ¡Demasiado honor!

JORGE. — Y ¿ha declarado el porqué de su fuga?

COMISARIO. — Todavía no. Pero seguramente declarará de un momento a otro. Y eso que la detenida es una mujer astuta y nerviosa.

EVA. — ¿Cómo dieron con su pista?

COMISARIO. — ¡Oh! Sencillísimo. Es mucho ojo el de la policía. Un agente observó que en la casa de baños entraba con cierto recelo una señora forastera. Esto le pareció sospechoso. Extraordinariamente sospechoso. Telefoneó el caso a la comisaría. Allí también nos

pareció sospechoso, extraordinariamente sospechoso. Enviamos a uno de nuestros mejores detectives disfrazado de mujer, y a los diez minutos la forastera quedó detenida dentro de la misma piscina.

CORONEL. — ¡Qué locura! ¿De modo que dentro de la piscina y sigue usted creyendo que se trata de la señorita mecánica? ¡Señor mío, qué error tan tremendo!

COMISARIO. — No me explico, señor Coronel...

CORONEL. — ¡Pero se necesita estar en Babia! La señorita mecánica era... era una cosa así como el detective que enviaron ustedes a la casa de baños. Era un hombre disfrazado de mujer.

EVA. — ¡Papá!

ROBERTO. — *(Al Comisario).* ¿De modo que usted cree que no era un hombre disfrazado de mujer?

COMISARIO. — *(En tono de superioridad).* ¡Bah! Son ustedes los que están en un error tremendo. Lo del hombre disfrazado de mujer no era más que una teoría, una hipótesis, una incógnita que la policía ha despejado. ¡El detective, dentro de la piscina, ha comprobado plenamente el sexo de la detenida! Y los testigos han firmado el acta sin la menor duda. ¡Esta es la verdad, señoras y señores!

ROBERTO. — Nada. No hay más remedio que rendirse a la evidencia.

CORONEL. — ¡Pues yo no me rindo, recaracoles! ¡Pero si esto es una locura!

COMISARIO. — Algo de locura hay, efectivamente, señor Coronel. Esa mujer es una mujer, pero yo creo que está loca. ¡Hay que ver los gritos que da en la comisaría mezclando el nombre de usted!

CORONEL. — Pero, ¿qué está diciendo? ¿Mi nombre? ¿Qué tengo yo que ver con esa... incógnita que han despejado ustedes?

COMISARIO. — No; si le digo a usted que está loca. Pero le aseguro que es cierto. Que no deja de gritar:

«¡Avisen ustedes al coronel von Brate! ¡Yo necesito hablar con Luis!»

CORONEL. — *(Asustado).* ¡Pero baje usted la voz!

COMISARIO. — *(Hablándole al oido).* Entonces decidí venir a buscarle. A ver si consigue usted apaciguar a esa... a esa señorita Capolini.

JORGE. — ¡Lío, lío!

Se aleja silbando.

CORONEL. — *(Aterrado).* ¡Cielos! ¡Esa mujer aquí todavía! ¡Esa mujer en la piscina! ¡Yo sí que pierdo el juicio!

ROBERTO. — *(Se lleva aparte al Coronel).* Si me concede usted luego lo que le pida, yo le saco a usted de este embrollo.

CORONEL. — ¡Hecho! Me confío a usted completamente.

ROBERTO. — Señor Comisario... yo le voy a hacer a usted un favor de los que no se olvidan nunca. ¿Usted sabe quién es la señora detenida? Se lo digo. Mi conciencia me lo impone. ¿Usted sabe quién es?

COMISARIO. — Yo... no.

ROBERTO. — Es la señora del jefe de los detectives de la capital.

COMISARIO. — Pero... ¿Del jefe de...?

ROBERTO. — Como todas las señoras distinguidas, cuando sale de la capital viaja de incógnito y entonces se llama...

COMISARIO. — *(Casi desvanecido).* ¿Señorita Capolini?

ROBERTO. — Justo. Señorita Capolini.

COMISARIO. — ¡Ay, Dios mío!

ROBERTO. — El jefe de los detectives de la capital siente una gran debilidad por su señora, y cuando se entere del acontecimiento...

CORONEL. — Mi amigo, el jefe de los detectives de la capital, cuando sepa el atropello cometido...

COMISARIO. — ¡Por Dios, no me angustien ustedes! Denme una solución.

ROBERTO. — Sencillísima. Vuelva a la comisaría y sin revelarle el incógnito, que eso sería ofenderla, póngala en libertad inmediatamente y obséquiela con un ramo de claveles de parte del señor Coronel.

CORONEL. — Los claveles rojos son su locura.

ROBERTO. — Ella se hará cargo de que todo ha sido un error; los perdonará a ustedes y aquí no ha pasado nada.

COMISARIO. — ¡Oh, gracias! ¡Gracias, caballero! No se me olvidará este rasgo. Voy, voy volando. Señoras... Señores... *(Se dirige hacia el foro).* ¿Los claveles blancos?

CORONEL. — Rojos. Son su locura.

COMISARIO. — Sí, ya no se me olvida. Rojos... rojos... rojos...

Vase rápido por foro izquierda.

LILY. — ¿De modo que tú conoces al jefe de los detectives de la capital?

ROBERTO. — El señor Coronel es un hombre relacionadísimo. Conoce a medio mundo. Pero dejemos este punto sin importancia para tratar de otro que sí la tiene. Señorita Eva...

EVA. — Señor Jilcke...

ROBERTO. — Un pecador arrepentido demanda hospitalidad en su corazón.

EVA. — ¿Arrepentido de verdad y para siempre?

ROBERTO. — Para siempre y de verdad.

EVA. — Pues entonces... como mi corazón no le rechazará... entonces... mi papá tiene la palabra.

CORONEL. — Tu papá no está para tonterías.

ROBERTO. — ¡Señor Coronel!

CORONEL. — Entiéndame. Mientras no se resuelva el conflicto del motor, mis nervios no estarán tranquilos.

ROBERTO. — ¡Oh! Pues si es por eso... puede tranquilizarse. El motor andará inmediatamente.

CORONEL. — ¿También cosa de usted?

ROBERTO. — Sí, señor. Perdonen ustedes la inmodestia. Gracias a mi ingenio, Juan Melinder, el mecánico, arreglará el motor para las regatas de mañana.

CORONEL. — ¡Pero si está preso y por tres meses!

ROBERTO. — No importa. Sigue preso y arreglará el motor.

CORONEL. — ¡Vamos, usted me vuelve loco!

ROBERTO. — Sencillísimo. Una gran propina al vigilante, que ha facilitado la suplantación por unas horas. Juan arreglará el motor, y mientras tanto, si el director de la prisión mira por el ventanillo de la celda, allí verá a Juan, sentado en una silla y con la cabeza entre las manos.

CORONEL. — ¡Recaracoles, que sigo no explicándomelo!

JORGE. — Pues está claro. Roberto ha conseguido poner a otra persona en el lugar de Juan.

ROBERTO. — Y ha sido nada menos que a mi hermano. Me ha costado trabajo convencerle, pero allí está.

LILY. — ¡Es un rasgo digno de gratitud!

JORGE. — ¡Es un amigo este Roberto!

EVA. — Y ¿todo eso lo ha hecho usted pensando en mi papá?

ROBERTO. — Sí, señorita. Pensando en que estando satisfecho y con sus nervios apaciguados, me concedería sin discusión ninguna, la mano de su hija. Señor Coronel, sigue usted teniendo la palabra.

CORONEL. — Yo... mañana... ya veremos.

ROBERTO. — Venga usted... Asómese conmigo a la galería.

CORONEL. — *(Mira hacia fuera y exclama con alegría).* ¡Es cierto! Es Juan el que está en la lancha. ¡Y

funciona el motor divinamente! ¡Ganamos las regatas!... ¡Lily, Eva, Jorge! ¡Ganamos las regatas! ¡Oh, qué felicidad tan grande!

ROBERTO. — Creo que ha llegado el momento...

CORONEL. — Eva... hija mía... ¿qué te parece?

EVA. — Que ha llegado.

CORONEL. — Pues que el Señor os haga felices... tan felices como yo lo soy en este instante.

EVA. — Anda, Jorge, aprovéchate.

JORGE. — Tío, yo también...

CORONEL. — ¿También quieres casarte?

JORGE. — No. Yo quiero cinco mil coronas.

CORONEL. — Las tendrás. Eso es más barato.

LILY. — ¡Gracias a Dios que te veo razonable!

CORONEL. — No puedes figurarte, Lily, lo mucho que he sufrido hoy. Pero, en fin, ya no hay que acordarse de lo pasado. El caso es que ya estoy tranquilo y en vísperas de un triunfo definitivo.

LILY. — Y todo ello gracias al Señor.

CORONEL. — Al señor.

Por Roberto.

EVA. — No, mamá... No, papá. Todo ello gracias a la señorita... ¡a LA SEÑORITA MECÁNICA!

Cuadro y telón rápido.

FIN DE LA FARSA



DE PÉREZ CAPO

LA CANARIERA
ENTREMÉS

CARTA DEL PRISIONERO
MONÓLOGO

EL HOMBRE DEL DÍA
COMEDIA EN DOS ACTOS